



Ford, con Giscard, en la Casa Blanca: El Presidente norteamericano tratará de convencer a la derecha para desbancar a Reagan.

## El camino de Ford

Las elecciones primarias en los Estados Unidos son, sobre todo, un "show" político. Se trata de una creación de ambiente de incertidumbre, de emoción. Y de democracia. Sin ellas, la decisión de los estados mayores de cada partido de designar por sí mismos al candidato sería demasiado ostensible. La designación real se produce en las Convenciones Nacionales de cada partido, y esas Convenciones están suficientemente influenciadas por las máquinas de los partidos como para que no haya demasiadas sorpresas.

No son enteramente inútiles. Sirven a los estados mayores para observar el comportamiento de "su" candidato en esta precampaña —la verdadera campaña electoral comienza después del "Labor Day", a principios de septiembre— y, según ese comportamiento, para poderlo cambiar en algún caso. Sirven sobre todo para ver la tendencia del electorado y adecuar los discursos, el programa —la "plataforma"— a las tendencias que marque ese electorado. Sin ninguna seguridad de que luego se vaya a cumplir. Johnson realizó un programa de izquierda —de coexistencia, de abandono de Vietnam, de derechos civiles, etc.— porque ésa era la orientación que le daban los electores de los mítines, frente a un Goldwater puramente derechista; fue elegido por una amplia mayoría y a continuación hizo la política derrotada en las elecciones.

En ningún caso un partido en el poder ha presentado a las elecciones finales un candidato distinto del que está ocupando la Presidencia, salvo que ése se haya retirado (Johnson). En ningún caso, tampoco, ese Presidente en ejercicio ha sido derrotado; por eso la Constitución impide que un Presidente se presente a un tercer período elec-

toral, porque de otra forma podría eternizarse.

Estas circunstancias sostienen ahora la gran probabilidad de que Ford sea Presidente. Bien es cierto que en él concurren circunstancias extraordinarias: no ha sido elegido nunca como Presidente ni como vicepresidente, sino designado como consecuencia de que el poder quedó vacante. El clima preparado en estas primarias es el de la amenaza de Ford por Reagan. La lección es la de que la tendencia electoral se inclina a la derecha. Contra la política que representa Kissinger, al que se acusa de favorecer a la URSS. Aprendida la lección, Kissinger ha anunciado solemnemente que se va a retirar del Departamento de Estado sea quien sea quien gané las elecciones. Ese resorte ha jugado inmediatamente:

Ford ha ganado las primeras de Michigan y de Maryland. Sesenta y cinco por 100 contra 34 por 100 en Michigan, 58 por 100 contra 42 por 100 en Maryland. La situación comienza a enderezarse. No le será, de todos modos, fácil llegar a la Convención con el aspecto de un triunfador: quedan muchas primarias. Entre ellas, la trascendental —dentro de esa relatividad— de California, que es un feudo de Reagan. Y un baluarte de la derecha. Pero puede suceder que la derecha comience ya a confiar un poco más en Ford que en Reagan. Insistamos en que todo se decidirá en la Convención de Kansas City, en el mes de agosto. Tras ella comenzará la verdadera campaña electoral. Podría suceder, de todas maneras, que a Ford le sucediera esa infinita desgracia de ser el primer Presidente en ejercicio que no fuese designado por la Convención, y aun la otra de que siendo elegido, fuese el primer Presidente no ratificado por la elección popular. No estamos en tiempos en que se respeten demasiado los precedentes.

El campo demócrata es el de la oposición, en el cual las cosas se producen de manera distinta. Si la oposición sabe que tradicionalmente es elegido en las elecciones el Presidente en ejercicio, sus campañas se dirigen sobre todo a dos cuestiones: situar a fabricar ya un candidato que pudiera servir para las elecciones presidenciales siguientes y colocar el número suficiente de representantes, senadores y gobernadores como para dominar la política. De estas primarias ha surgido el dudoso personaje de Jimmy Carter. Parece que el estado mayor del Partido Demócrata no le quiere; su programa es vago, su independencia excesiva. En una elección presidencial en la que tuviera que enfrentarse a Ford, e incluso a Reagan, no haría buen pa-

pel. Carter salió disparado en las primarias iniciales, como le pasó a Reagan en el otro partido; también ahora parece llegado el momento de detenerle. En Michigan, su victoria ha sido muy precaria, en Maryland ha perdido. Carter está representando una derecha aventurista; el partido prefiere una derecha sólida con cierto aspecto liberal.

No será extraño que en la Convención Demócrata surja, por encima de los nombres que se están manejando ahora, algunos personajes clásicos del partido: Jackson, que ofrece la contradicción de ser un liberal en política interior y un conservador imperialista en la exterior, o Humphrey, el clásico vicepresidente, que resulta también dual. Se habla incluso del último Kennedy, del superviviente de la familia. Es cierto que de nuevo han empezado a moverse los recuerdos del accidente de Chappaquiddick —la muchacha que viajaba con él se ahogó y su comportamiento en todo el caso resultó dudoso—, como siempre que se habla de Kennedy para algún cargo o para alguna elección. Ninguno de estos grandes nombres se están manejando ahora en las primarias, donde los oponentes de Carter son Brown y Uddal —es decir, una cierta izquierda, un liberalismo abierto—, pero, como se sabe, en las Convenciones pueden presentarse candidatos que no hayan participado en las primarias.

Hasta la fecha nada está claro ni decidido. El pronóstico más fácil es el de considerar a Ford como elegido, como ratificado por la elección popular en el cargo para el que fue designado. Pero de aquí al 2 de noviembre, fecha en que caen este año las elecciones, puede haber toda clase de sucesos, interiores y exteriores, que modifiquen la situación. ■

## DESAPARECER A TIEMPO

*Continuamente vemos a nuestro alrededor ejemplos de instituciones o personas que sobreviven malamente porque una vez desaparecido el impulso que les dio vida o resonancia, no tienen una función específica que cumplir. Para evitar ese triste sino, Iván Illich (bien conocido de los lectores de TRIUNFO) ha decidido recientemente que desaparezca el CIDOC; esto es, el Centro Intercultural de Documentación, creado por él en Cuernavaca en 1961.*

*Como recuerdo de lo que fue el CIDOC sólo quedará la escuela de enseñanza del español, que le dio extensa y merecida fama en todo el mundo anglófono.*

*Desaparece el CIDOC en pleno éxito, cuando todos —partidarios o detractores— hablan de las ideas de Illich sobre la Iglesia, los transportes, la educación o la Medicina, mencionadas en el orden en que fueron abordadas por el filósofo. En sus quince años de fructífera actividad, el CIDOC ha publicado 300 obras de investigación y ha reunido a 16.000 participantes en centenares de seminarios y círculos de estudio. La mayor originalidad de éstos*

*radicaba en la desaparición de la división convencional entre profesores y alumnos; todos iban allí a aprender y, de hecho, a ningún participante se le exigía título alguno. Todos los participantes eran asociados en la común tarea del estudio, de la discusión y del análisis de las diversas tesis.*

*Personalmente siempre he encontrado un defecto a la labor del CIDOC, que es su empeño en el estudio puro, sin plantear en muchos casos la solución de los problemas puestos al día por ese mismo estudio. Creo que no sólo debe decirse lo que va mal, sino también indicar cómo eso puede ir bien o por lo menos mejor. De otro modo, el estudio queda reducido a una labor iconoclasta, útil cuando los ídolos deben derribarse, pero al propio tiempo estéril cuando no se propone un cambio o un nuevo orden social.*

*En cualquier caso, es innegable el valor catalizador que han tenido las actividades del CIDOC, y las inquietudes y preocupaciones que ha sembrado darán, sin duda, amplio fruto. ■ J. A. VALTUENA.*